

Llave maestra

Laura Vanina Muñoz
Primer lugar Barcelona

Dedicado a mis padres Nelly y Jorge,
a mi hermano Ariel y a mi abuelita María.

Especiales agradecimientos a mi querido amigo
Didac Micaló Rebaque por sus ricos consejos literarios.

Me llamo María Consuelo Crisis, soy actriz y payasa y tengo una extraña sensación de déjà vu. Mi apellido no engaña. La crisis es como de la familia y otra vez me anda pisando los talones. Para contrarrestarlo, mis padres me pusieron Consuelo. Es un detalle que agradezco, pero que no siempre funciona. Preferiría llamarme Josefa Bienestar Permanente. Aunque la idea también se me antoja ridícula. Las crisis han marcado mi vida. Superarlas me ha hecho lo que soy. Por eso me animo a recordar. Espero quitarme el miedo que me bloquea. Esta sensación de inseguridad que me hace temer lo peor. Quiero poder respirar y seguir adelante. Yo misma soy hija de la miseria. O mejor dicho, de la necesidad de mis familiares de escapar de la miseria. Sin miseria, ellos no hubieran inmigrado y yo no hubiera nacido en un barrio porteño de Argentina. Un barrio pleno de árboles y de abuelos italianos que en las tardes sacaban una silla a la vereda, tomaban mate tranquilamente y saludaban a todos los vecinos que pasaban. No recordaría la voz del heladero que pasaba con su bicicleta vendiendo esos maravillosos helados que se deshacían en la boca, ni a los simpáticos vecinos que siempre me dedicaban una cálida sonrisa. Tampoco recordaría la casa de mis abuelos donde hice mis primeros pinitos como actriz imitando a personajes de la tele y de donde vivíamos todos, mi hermano mayor, mis padres y mis dos abuelos maternos.

Ambos habían huido en barco de una Italia empobrecida por la primera Guerra Mundial. Mi abuela, con sólo siete años, cruzó el charco con su madre. Mi abuelo lo hizo a los diecisiete años junto a su hermano mayor. Esperaban encontrar en “el granero del mundo” la oportunidad de una vida digna. Me gusta imaginar esos viajes en barco. Me imagino las inquietudes y las esperanzas,

pero también las ganas de distraerse y las pequeñas cosas cotidianas balanceándose durante tres meses al ritmo de las olas del Atlántico. Todos esperando llegar a América para empezar una nueva vida en un mundo nuevo, totalmente desconocido para ellos. Mi abuelo siempre contaba que, en una parada que hizo el barco en una isla del Caribe, cogieron unas extrañas frutas tropicales de un árbol y las guardaron debajo de la cama porque estaban verdes, eran frutas que nunca habían visto. Al cabo de un tiempo esas frutas extrañas maduraron y se volvieron amarillas. Al intentar comérselas, tenían un sabor tan desagradable que las tiraron al mar. Nadie les había dicho, recordaba mi abuelo medio riéndose de sí mismo, que aquella extraña fruta tropical era una banana y había que pelarla.

Me pregunto qué sonrisa pondría hoy al saber que podemos comer frutas de lejanos continentes. Con qué incredulidad miraría la pantalla del ordenador para descubrir que, con un simple clic, puede recibir información de todos los rincones del planeta. Con qué admiración concebiría la idea de que el viaje que ellos hicieron en tres meses a mí sólo me tomó unas cuantas horas. Tanto ha cambiado la vida desde aquel entonces como ha cambiado aquel bonito y familiar ambiente de barrio en el que me crié. A veces tengo la sensación de que no es el mundo el que se ha hecho más pequeño. Somos nosotros los que nos hemos acelerado. Como si hubiéramos tenido prisa para escapar de la miseria y en el camino nos hubiéramos olvidado de admirar los detalles y de saber a dónde íbamos.

Mi otro abuelo, el padre de mi padre, tenía trece hermanos y también era hijo de inmigrantes. Sus padres eran del sur de España y formaban parte de la primera camada de inmigrantes europeos que llegaron a Argentina. Sus padres, como no podían mantenerlos a todos, lo vendieron a él para trabajar en las tierras de un patrón. Tenía nueve años. Los niños no saben de diferencias, y mi abuelo, en su escaso tiempo libre, jugaba con el hijo del patrón de

la estancia. Mi padre contaba que mi abuelo siempre explicaba la misma historia. Historias que marcan a hierro el corazón de quien las vive. Mi abuelo y el hijo del patrón eran amigos. Una noche de Reyes, luego de la Navidad, vio cómo su amigo ponía sus zapatos para recibir un regalo. Él también puso los suyos. A la mañana siguiente, el hijo del patrón recibió un bonito regalo. Mi abuelo, en los suyos, encontró excremento. El patrón debió pensar que era una buena manera de recordarle el sitio que cada uno ocupaba, y mi abuelo perdió la oportunidad de ser un hombre tierno.

Mi padre, como un mal sabor de boca, también tiene su historia. Recuerda que de pequeño tenía una gallina en casa. Él y su hermano, de cuatro y cinco años, la habían convertido en su mascota. Le habían puesto nombre y se pasaban horas jugando con ella. Un día, mi abuelo les dijo que tenía que matarla. No les dijo por qué ni les dio ninguna razón. Simplemente, al ver que ellos dos lloraban, les obligó a ver cómo la degollaba. Después les obligó a comerla. Mi padre tiene setenta años y hasta el día de hoy sufre arcadas cada vez que huele a pollo.

A veces pienso que este dolor familiar, esta dureza frente a la vida me hace ser como soy. Las cosas materiales son el primer paso para sentirnos seguros. Pero la lucha para conseguirlas nos ha hecho duros, como si lleváramos una coraza de metal impermeable a las cosas más frágiles y vulnerables. Cuando se tiene miedo de pasar hambre, las caricias parecen un lujo. Pero a la vez, es una fuerza inconformista que corre por mis venas: la fuerza de la gente que quiere una cosa mejor para sus vidas.

Por eso, aunque se dice que todo lo que sube, baja, los argentinos también sabemos que todo lo que va, vuelve, y en diciembre de 2001 decidí tomar un avión pegando la vuelta que mis abuelos nunca llegaron a dar. Y ahora, diez años más tarde, vuelvo a tener la sensación de estar viviendo lo mismo que viví en Argentina, corralito incluido. Se terminó el paraíso, adiós a la tranquilidad económica, otra vez vuelvo al principio y pendo de la cuerda floja.

Otra vez me cuesta dormir. Siento mucho miedo. La garganta bloqueada. La respiración insuficiente. Respiro sólo con la parte alta de los pulmones. El aire no llega con suficiencia. Hombros ligeramente levantados y en tensión. Pecho hundido. Energía cerrada. Hacía dentro. Poca confianza. Poca voluntad. Me siento atrapada en un bucle. Tengo que encontrar la manera de salirme.

Mi padre, cuando yo tenía siete años, decidió dejar el trabajo. Recuerdo ese momento como un quiebre en el tiempo. A partir de entonces nada sería igual. La situación económica y emocional de la familia se iría a pique. Más tarde, el país entero nos seguiría en la caída. Mi padre estaba harto de que lo explotaran y no reconocieran su esfuerzo. Era una persona muy trabajadora, muy ingeniosa y estaba seguro de poder salir adelante por sí mismo. Sabía de mecánica, electricidad, arquitectura, y quería probar suerte haciendo inventos. No era descabellado. Arreglaba cualquier objeto que le cayera entre las manos. Había construido, él solo, nuestra casa. La casa a la que nos mudamos a mis cuatro años, abandonando la antigua casa de mis abuelos. Era enorme, con un jardín de cincuenta metros de largo, una piscina, un vestuario, una fuente con su cascada y un maravilloso camino con faroles que te llevaba hasta el quincho. Lo hizo todo él solo, a golpe de pulmón, brazo e ingenio. Lo recuerdo picando piedras y cascotes para la construcción. Podía haber sido un verdadero inventor, sólo que sus inventos nunca dieron frutos económicos o, simplemente, los inventó en un país que no valoraba estos esfuerzos. Uno de los que más recuerdo fue una máquina de hacer chicotes. Los chicotes son unos tubos flexibles que conectan un aparato sanitario con una red de agua. Se utilizan en termotanques, calentadores, picas, etc. Las únicas máquinas que los fabricaban en Argentina costaban trescientos mil dólares y eran alemanas. Mi papá creó una máquina a base de presión hidráulica por un coste de mil dólares. Consiguió vender unos cuantos lotes, pero a los seis meses el gobierno

abrió la importación sin aranceles de aduana y comenzaron a llegar chicotes de China diez veces más económicos que el coste de su fabricación. Mi padre tuvo que abandonar su invento. Ésta fue la ocasión que estuvo más cerca de prosperar. Recuerdo la rabia con que gritaba que este país no defendía a los pequeños emprendedores. Tenía razón, pero la obsesión se apoderó de él. Se olvidó de nosotros. Lo recuerdo durante horas y horas en su cuarto de trabajo. Un cuartucho repleto de aparatos y de piezas que encontraba por la calle y reutilizaba creativamente para sus nuevas ideas. Llevaba los pelos hechos un desastre, la mirada un poco perdida y la ropa siempre sucia. Siempre dándole vueltas a la cabeza sobre cómo resolver tal o cual dificultad que no le permitía avanzar en el invento. Quizá fue su refugio para no enfrentarse a su propio fracaso y a la realidad de un país cada vez más empobrecido, injusto y cruel.

Mi madre, a veces, salía a buscar trabajo. Pero mi padre se ofendía. Sentía que era el responsable de traer el sustento a la casa. Y cada nuevo intento de ella se convertía en una riña doméstica. Mi madre era de carácter tímido e inseguro y dejó de buscar. Se especializó en hacer malabarismos para llegar a fin de mes con el poquito dinero que teníamos. Cualquier gasto extra que no fuera para comida y servicios de luz, gas y agua, se convirtió en un lujo.

Después vino la enfermedad de mi hermano. A los trece años le diagnosticaron distrofia muscular en las piernas. Es un problema genético que las madres transmiten a sus hijos varones y aún no tiene cura. Atrofia los músculos de las piernas. A medida que pasan los años, la grasa les gana espacio a los músculos hasta que la persona ya no puede caminar. Los afectados sufren fuertes dolores musculares y suelen terminar en silla de ruedas. Mi abuela y mi madre dicen que es una enfermedad genética que surgió en los pueblos de la Calabria cuando era normal tener hijos entre primos hermanos e incluso entre los propios hermanos. Sinceramente, no sé su causa, pero marcó mucho nuestras vidas. La distrofia

de mi hermano, también atrofió sus emociones. Se bloqueó. Las buenas intenciones no siempre son acertadas, y mis padres lo sobreprotegieron. Hicieron todo para que no sufriera. Preferían que no trabajase por miedo a que la gente se burlara de él. En aquella época, burlarse de los más vulnerables era un deporte nacional en Argentina. Y él se acomodó a la autocomplacencia y la lástima, como si su vida ya estuviera escrita de antemano.

A mí me salvó el teatro. El teatro y la naturaleza. Desde pequeña actuaba en toda fiesta familiar inventando mis propios personajes. Me encantaba ensayar una y otra vez, pero cuando realmente vibraba era en el momento de enfrentarme al público. Aún hoy siento que el reloj se para, como si mi lugar en el mundo fuera el escenario. Siento que mi energía se expande, como si conectara con cada persona que hay en el teatro. Y siento que cada persona me envía su energía y que toda ella nos envuelve en un vínculo especial, como si de repente la sala fuera una nave que viaja por los parajes más fantásticos, alegres y recónditos del ser humano. Para mí, el teatro es como si la materia se volviera emoción y el presente se filtrara en nuestro cuerpo para hacernos sentir y descubrir nuevas cosas. Un frágil recordatorio de lo poliédrico y fantástico de la vida y del sentir. Hay personas que se sienten vivas haciendo deportes de riesgo. Yo me siento viva compartiendo estos momentos mágicos.

Aún y así, mi padre no quería oírme hablar de teatro. Lo consideraba un ambiente de putas y vicio. Cuando empecé los estudios secundarios, me obligaron a tomar la especialidad de Contabilidad. Decían que era una de las pocas carreras que tenía salida laboral, aunque yo nunca en mi vida había dado señales de que me importaran los números. Al final, a mis catorce años, con la terquedad heredada de mi padre y después de prometerles que terminaría los estudios de Contabilidad, me dejaron ir a un centro cultural donde impartían estudios teatrales. Era tanto mi entusiasmo que el profesor me invitó a ir a las clases de segundo y

tercer año simultáneamente. Ahora que lo pienso, la cosa no era muy profesional, pero yo estaba encantada. Las tardes en aquel centro cívico eran un refugio y, a la vez, me señalaban el camino que quería seguir. Un camino que no terminaba en el cuartucho de los inventos de mi padre o en el cuaderno donde mi madre hacía las cuentas o en el sofá donde se sentaba mi hermano. Era un camino más amable e intenso, con mucho para aprender y descubrir de una misma y de los demás. Un camino que a mis padres les parecía ridículo, absurdo y sin sentido, pero que yo nunca iba a dejar, jamás.

Finalizar mis estudios secundarios y entrar en el conservatorio de arte dramático fue la liberación definitiva. De repente encontré muchos pares afines a mí. Fueron años de descubrimiento emocional, de lectura, de introspección, de creación y desarrollo. También de viajar por el sur de Argentina. Para una chica como yo, que casi nunca había salido de Buenos Aires, visitar el Camino de los Siete Lagos, Bariloche, el Bolsón y Trenque Lauquen fue abrirme a un nuevo mundo. Recuerdo que algunas noches me quedaba anonadada mirando ese cielo estrellado. Comparaba esta vida que parpadeaba en el cielo como un corazón fosforito con las ridículas estrellas que veía en la ciudad. Y ese cielo lleno de nuevas estrellas que nunca había visto me sugería que la vida podía ser muy distinta a como la había vivido hasta entonces y se me inflaba el pecho de ganas de reír y de ser libre.

En mi segundo viaje estuve a punto de morir. Viajábamos haciendo dedo y tuvimos un accidente. El camionero que nos había recogido iba bebiendo vino y, justo antes de llegar a una curva muy pronunciada, tuvo la fantástica idea de darle el volante a mi amiga. El camión volcó a cien kilómetros por hora y dio una vuelta y media sobre la carretera. Yo estaba pegada a la ventanilla, justo del lado que volcó. Todo daba vueltas. En un pantallazo vi diferentes momentos de mi infancia. Tuve una idea global de toda mi vida y me dije adiós a mí misma, aquí se acaba todo, y pensé en mi madre.

Desperté en el hospital. Seguía viva, pero no podía mover las piernas ni el cuello. Sólo me respondían los brazos. Me subieron a una camilla y me llevaron por los pasillos hasta una sala donde me hicieron radiografías de columna para ver si me había quebrado alguna vértebra. De reojo veía algunos enfermos en sus habitaciones, todo me parecía desgraciado. Los enfermos, tumbados en las camas, me parecían terminales.

Por suerte, sólo tenía fuertes contracturas musculares en toda la espalda. Estuve varios días en el hospital y, pese a los consejos médicos de volver a mi casa, continué mi viaje hasta el fin del mundo, Lapataia, en Ushuaia. Fue una reacción extraña. De hecho, los dolores no me dejaron disfrutar mucho del resto del viaje, pero quise seguir. Más adelante supe que los trapevistas, cuando caen, vuelven a subir inmediatamente al trapecio. Lo hacen para que el miedo de la caída no los traumatice. Supongo que, inconscientemente, no quería quedar presa del miedo. Supe, eso sí, que la muerte nos espera en cualquier esquina y es mejor que nos encuentre haciendo lo que más nos gusta.

Exploré algunas drogas, conocí muchos hombres y tuve relaciones sexuales esporádicas frecuentes. A veces me dejaban una sensación de vacío y angustia. Quedé embarazada dos veces. Las dos veces aborté. Fue duro. Muy desagradable. Los respectivos padres querían tener a los niños. Yo no. Era demasiado joven. Sentía que aún no me había llegado el momento. Es paradójico. Ahora, con treinta y seis años, estaría encantada de vivir esta aventura de la maternidad, pero no encuentro a ningún hombre dispuesto a ser padre.

Y ahora, cada vez que lo pienso, me siento afortunada por haber podido ser actriz y payasa, pero mi vida también ha estado muy marcada por el dinero. Juntarlo por las dudas. Decir que sí a todos los trabajos por miedo a quedarme sin él. Me fui de mi país por no poder ganarlo. En mi casa el dinero ha marcado el ritmo y no ha sido un ritmo precisamente agradable.

Dinero. Siempre el dinero. Hasta ese momento había hecho “trabajos” de todo tipo, sobre todo de camarera, pero eran para mis gastos. La escuela era gratuita y en mi casa apenas se subsistía, pero mis gastos eran mínimos.

Al acabar la escuela, llegó el momento de enfrentarme a la realidad laboral y profesional. Para ese entonces, en Argentina nos encontrábamos en el segundo gobierno de un presidente que se había mandado construir su propia pista de aterrizaje privada, y que no volaba a ningún lado sin su peluquero. Mientras tanto, la población se moría de hambre. Era el famoso “me den lo que me den, Menem se lo quedará”.

Mi búsqueda fue difícil, no tenía dinero para el transporte público ni para el periódico. Iba a la empresa del padre de un amigo que compraba el periódico cada día y le pedía la sección de anuncios clasificados. Anotaba los sitios donde pensaba que me podían escoger y armaba un plano que intentaba responder a la pregunta: ¿qué ruta debo seguir para hacer la mayor cantidad de entrevistas posibles con el dinero de sólo tres billetes de autobús? En casa, hacía muchos años que no comprábamos ropa. Para ir a las entrevistas usaba unos zapatos muy antiguos heredados de una tía que había fallecido y la ropa de cuando mi mamá era joven, y siempre me las arreglaba para quedar, más que pobre, alternativa. Fueron momentos muy duros; en mi casa no había literalmente una moneda. Y yo, a la par que no quería dejar el teatro y pasaba de compañía en compañía y actuaba en los escenarios del underground porteño, trabajé de cartera, de recepcionista, de vendedora, de catadora de cigarrillos, de señora de la limpieza, de repartidora de flyers de publicidad, hice de la niña de la exorcista en un castillo del terror, publicidad y pequeños papeles en programas de televisión, modelo vivo para artistas y estudiantes de artes plásticas, etc. También llegué a pensar en prostituirme. Muchos anuncios que pedían “camareras”, luego tenían dobles intenciones. Era muy fácil entrar en eso. Lo pensé y lo hice. Una vez. La segunda ya

no pude y abandoné en mitad de la cosa. Aquello no era para mí. Pero la desesperación era grande. Finalmente, el último año antes de partir de Argentina y harta de trabajar en cosas que no me nutrían, se me ocurrió presentar currículos de maestra de teatro infantil en todas las escuelas. Toqué muchas puertas. Me tomaron en tres. En el currículo mentí diciendo que ya tenía tres años de experiencia. Recuerdo cómo me temblaban las piernas el día que me tocó dar la primera clase con la directora observándome. No creo que lo notara. Estuve trabajando un tiempo allí y, aunque llegaba zombi a las clases porque no podía dormir, guardo un buen recuerdo de mis alumnos.

El último año que pasé en Argentina, me pasaba las noches dando tumbos de un lado al otro de la cama, sin parar de pensar, angustiada por el futuro. Para poder ahorrar algo de dinero, vivía en el living de mis abuelos. Lo poco que juntaba, lo ponía en dólares debajo del colchón. Recuerdo que mi abuelo decía que yo era muy sensible porque lloraba al escuchar los noticieros. Ahora pienso que las noticias eran todas muy feas, de muertes, secuestros y corrupción.

Fue la llamada década de la "Pizza con champaña", el presidente nuevo rico se pasea por los campos de golf, sale en programas de televisión con famosos y recibe a los Rolling Stones, baila el tango, se monta su propia pista de aterrizaje, no viaja sin su peluquero que le arregla el pelo de gato que lleva como peluca en su podrida cabeza, se hace cirugías que le dejan la cara como un muñeco, vende las principales fuentes de riqueza del país y aniquila de hambre a la población. En algunos pueblos del norte del país la tasa de mortalidad infantil se dispara de veinte a ochenta por ciento durante su gobierno. "Menen es el diablo mismo", me dijo un niño indígena del interior del país. Los derechos de los trabajadores quedan en manos de la mafia de los sindicatos que se venden sin escrúpulos al gobierno. El país vendido, la población acorralada. Una especie de exterminio encubierto.

Pino Solanas, un cineasta que realizó el documental Memoria del saqueo, fue baleado con seis tiros por hacer denuncias públicas del gobierno. Era inútil denunciar. Nadie escuchó nunca las manifestaciones de los jubilados que durante años, una vez a la semana, cortaban el tránsito de la ciudad, aumentando el caos y el estrés de la ruidosa Buenos Aires. Fueron en vano las huelgas de hambre de los docentes, acampados durante años frente al Congreso Nacional. Lo vi, lo viví, lo sufrí. Nadie nunca los escuchó. Me dolía y lloraba al escuchar las noticias, pero también lloraba porque sentía que mi vida no iba para ningún lado. No tenía ningún futuro en Argentina y me vi obligada a cruzar el charco, como años atrás hicieron mis abuelos y bisabuelos. Durante todo un año llegué a ahorrar mil doscientos cincuenta dólares que me sirvieron para un billete de ida y dinero para sobrevivir los primeros tiempos.

Ahora, diez años después, siento que se repiten los tiempos. Ante situaciones parecidas, las emociones se ponen en fila india. No lo manda mi cabeza. Es el grito de mi cuerpo. Un grito lleno de miedo. El miedo a que se desvanezca todo lo que he ido construyendo; a no poder salir de esta situación. Vuelvo a tener problemas de trabajo. No me llaman para actuar. Si me llaman, ofrecen pagos irrisorios. No puedo sostener mi sala de ensayo, ni el alquiler de mi habitación ni los gastos de mi furgoneta y no sé dónde pondré todas mis escenografías. A veces, el miedo me pregunta para qué las arrastro aún conmigo. Como si todo mi trabajo y esfuerzo se hubiera desinchado y hubiera perdido sentido. Poco a poco, el miedo interno da paso al odio. Como si mi energía cerrada buscara salir de mi cuerpo para encontrar culpables.

Yo no he invitado a la crisis a mi casa, es ella la que se presenta porque los poderosos así lo quieren. Y miro a mi alrededor y todos mis amigos de Barcelona se sienten igual. Estafados, entregando sus casas a los bancos y transformándose en deudores por el resto de sus vidas. Es cruel. Como la Argentina expropiada en la que viví.

Y nosotros pagamos. Lo pagamos con falta de trabajo, pero sobre todo con falta de derechos sociales. Nos recortan la salud, la educación, la cultura. Gracias, señores gobernantes, por defender los intereses de los bancos y no los del pueblo, y por vender el país. Y a la vez que saco mi rabia, me doy cuenta de que necesito algo más lindo, no me sirve chapotear en estas emociones estancadas. Algo nuevo en mi cuerpo me pide que fluya. Y me pongo alerta. Sin miedo. Preparada como un gato frente al peligro.

El mismo día en que partía para España, y con una maleta de veinte kilos que llevaba todas mis pertenencias, me encontraba a primera hora de la mañana luchando en el banco para que me pagaran la última nómina de la escuela en pesos argentinos y no en "bonos argentinos", unos papelitos que se habían inventado y que, supuestamente, podrías cambiar por dinero en un futuro, ya que no había dinero líquido en los bancos. Hacía dos días se habían llevado todo el dinero de la gente. Los bancos estaban abarrotados de gente gritando. Golpeaban las paredes con pancartas, cacerolas, había personas que se llevaban una silla cómoda y se instalaban en la puerta del banco todo el día esperando una respuesta que nunca recibieron. El nerviosismo, el odio y la indignación eran intensos. En las esquinas se quemaban llantas. La ciudad parecía estar al borde del caos. Yo tenía la sensación de que no lograría subir al bendito avión.

Quería dejar atrás una Argentina que nada tenía que ver con la Argentina de mi infancia, cuando jugaba en la vereda de mis abuelos, donde todo era amable y familiar. Al contrario, me iba de un país donde los robos, la miseria y la violencia marcaban el ritmo de la vida. Yo misma había sido asaltada siete veces. Dos veces con agresión y armas. Mi tío conducía un taxi por las noches y también había sido amenazado con armas blancas y no tan blancas.

Sin duda, yo no tenía nada que perder. Dejaba una familia conflictiva a la que constantemente debía ayudar, y de la que no

recibía ningún apoyo emocional ni económico. Yo quería algo más, quería sentir que la vida no era una amenaza constante, algo que me tenía que ganar a fuerza de padecimientos. Yo quería una vida digna. Allí no había derechos para los más pobres. Recuerdo con rabia las veces que me robaban y llegaba hasta la comisaría más cercana para denunciar el robo del DNI. Si quería presentar denuncia, la policía me exigía quince pesos (algo similar a quince euros de hoy en día). Era insólito, ¿cómo era posible que tuviera dinero si me lo acababan de robar todo! Presentarse a una comisaría era como ir con unos ladrones para denunciar a otros ladrones. Y lo que más me sorprendía era que, cuando decía a mis vecinos y conocidos que me iba sola a España, todos me preguntaban: “¿Y vas sola?” “¿Qué valiente eres, cuídate!” Y yo por dentro pensaba: “Cuídense ustedes, que son los que se quedan...”

Aterrizo en Barcelona en época de Navidad. Las calles están decoradas con luces de colores. Se oye música navideña y la gente entra en las tiendas y compra regalos. Todos hablan desde sus teléfonos móviles. Paseo perdida entre este mar de despreocupación. Hace doce horas la gente golpeaba los cristales de los bancos y ahora otros dudan entre pagar con Visa o Mastercard. No entiendo nada. Hay un grupo de jóvenes que llevan pelucas de colores y ríen como si nada malo en el mundo estuviera pasando. Siento amargura y resentimiento. Tengo ganas de gritar lo que pasa en Argentina. Siento odio. No entiendo la indiferencia ante las injusticias sociales. No entiendo cómo se puede dar la espalda al dolor. El contraste es demasiado fuerte.

Barcelona parecía una ciudad donde todo funcionaba para hacerle la vida más fácil al ciudadano. Gracias a mi pasaporte italiano, pasé de ser una ciudadana tercermundista a ser una ciudadana digna. No tenías que ir a las cinco de la mañana al hospital para conseguir turno con un especialista médico. Sólo llamabas por teléfono

y obtenías tu turno. Era sencillo. Había bibliotecas, parques, centros cívicos, trenes, metros... todo era nuevo, estaba limpio y funcionaba bien. Tampoco había asesinatos, ni secuestros, ni gente durmiendo en todos los cajeros automáticos o hurgando en la basura. Había cambiado el cielo por el paraíso. Y aunque las injusticias sociales seguían en mi mente, aunque mi memoria aún guardaba las imágenes de niños que mendigaban o se drogaban con pegamento en las calles y sabía de las dificultades que se vivían en Argentina, sentía que nada podía hacer para cambiar esa dura realidad y, sin darme cuenta, también yo, con el tiempo, acabé riendo en medio de la calle llevando una peluca de colores.

Supongo que acepté que en la intimidad todos estamos de acuerdo en que cada ser humano se merece una vida digna. Pero en la práctica diaria nos altera más el despertador de la mesita de noche que mil muertos de hambre al otro lado del planeta: los muertos de hambre preocupan, pero es el despertador el que realmente nos quita el sueño. Al final, sarcasmos aparte, sigo buscando la manera de mantener un equilibrio entre intentar ser feliz y construir mi vida con lo que tengo alrededor sin olvidar que me gustaría reducir la miseria que nos rodea.

Sin embargo, nunca dejé de sentir un dejo de nostalgia, y hasta un poco de envidia de aquel cooperativismo que crecía y crecía en Argentina. Aquí no existía la necesidad de juntarse y hacer cosas en grupo. Aquí el dinero abundaba y, de algún modo, la preocupación era ganar dinero y seguridad.

La verdad es que, al llegar a Barcelona, todo era una aventura y me encantaba. Todo era nuevo. Nuevos amigos. Nuevos trabajos. Nuevos lugares. Enseguida me las arreglé para entrar en un grupo de clown. Éramos todas chicas. Actuábamos en un bar donde también hacía de camarera. Atendía al público, pero cuando se acercaba la hora del espectáculo, me preparaba y actuaba. Al finalizar el show, volvía a servir copas. Fueron momentos intensos de movimientos, de descubrimientos y de ganas, muchas ganas de hacer

y trabajar. En una semana ya tenía un cuaderno completo de anotaciones, datos, teléfonos y contactos. Estaba feliz, después del duro año que había pasado, ahora veía la luz en todas partes.

Llegó un momento en el que los pocos ahorros con los que había llegado desaparecieron y me quedé sin dinero. La fuerza de la desesperación me animó a actuar en la calle. En las ramblas de Barcelona. Fue lo mejor que pude hacer. El dinero parecía salir de las orejas de la gente. Todos querían un payaso, un mago, una actriz que animara sus eventos y allí estaba yo. Haciendo lo que hiciese falta. Si me pedían magia, decía que sí, ¡que era maga! No tenía ni idea ni dinero para comprar trucos hechos, pero me iba a las bibliotecas y buscaba libros de magia para niños y hacía los trucos con las cosas que tuviera a mano en casa. También hacía maquillajes. Compraba los lápices de los chinos, que eran los más económicos, y con una cajita de cartón bonita y dos tonterías me montaba una paradita y hacía unos maquillajes apañados. Recuerdo con cariño a un señor que me había visto en varias fiestas. La última vez me dijo que me veía progresando. Se fijó en que mi primera cajita de cartón, forrada con papel de colores, ya se había transformado en un bonito maletín de madera. Para mí representó un ejemplo de que realmente prosperaba. No le temía a nada. Le decía a todo que sí. Intenté varios recursos artísticos. Hice títeres, clown, monólogos cómicos, magia. Tanto para niños como para adultos, en bares, en calles o en teatros. Exprimí al máximo la experiencia teatral que ya tenía, y aproveché también para seguir formándome. Al cabo de unos años, decidí centrarme y, con todo ese material artístico y esa experiencia, monté tres espectáculos diferentes. Uno para adultos de café teatro, uno para niños, y otro que era lo que yo llamaba "mi obra maestra". Un espectáculo de hora y media de amor, magia y risas. Con él logré ganar cinco premios del público en diferentes festivales de clown.

Durante todos estos años, el trabajo fue intenso, arduo, constante. Poco a poco me fui acomodando. Al principio no tenía vehículo,

y giraba por trenes, metros y autobuses con el amplificador, el vestuario y la escenografía auestas. La vivienda también fue un problema, en un año y medio llegué a mudarme siete veces de casa. Al no tener contrato laboral, era muy difícil firmar un contrato de alquiler. Pero conocí a un buen señor que me entregó en alquiler un piso destrozado al precio de un piso habitable. A cambio, yo lo tenía que arreglar y me lo alquilaba sin requerimiento de contrato laboral. Me subí a la aventura de rehabilitar aquel piso yo sola y con el mínimo gasto. Fue un trabajo de titanes. Después de aquello, sufrí durante un tiempo de fuertes dolores en la espalda. Pero había valido la pena. Tenía un pisito pequeño y apañado y podía seguir creciendo profesionalmente. De la calle pasé a las fiestas privadas, de las fiestas privadas a los centros cívicos, de allí a los teatros y más adelante a los festivales. Los últimos cinco años tuve la gran oportunidad de formar parte de una organización de payasos de hospital. Es sorprendente la capacidad que tiene un simple títere, un juego, una canción o una mirada para hacer desaparecer, por unos momentos, el dolor del niño, y cómo sus familias agradecen este simple gesto. Trabajar con la materia prima de las emociones, la cosa más frágil y a la vez más importante del ser humano, es uno de los trabajos que más me han enriquecido. También trabajé en televisión, en la cadena estatal, Televisión Española, un nuevo medio de comunicación.

Miro mi pasado y estoy contenta. Orgullosa de mi fuerza. De mis ganas de vivir. Ya escapé una vez de la miseria y estoy segura de que lo volveré a hacer. Esta vez, intuyo, la llave maestra será distinta. No quiero marchar otra vez a un país más rico. No quiero buscar mi estabilidad económica. Estoy cansada de esta lucha solitaria. Se ha terminado la época de buscar la salida sólo por mí. Mi vida ya no es una flecha lanzada al viento, es una red que abraza a los otros, que abraza al mundo. Y creo que empiezo a aprender a admirar los detalles. A recorrer el camino que usan las cosas más

frágiles para sobrevivir. A saber cómo el musgo se abre camino entre el cemento. Ya no quiero correr por las autopistas del dinero ni el consumo. Las cosas vulnerables también son el terreno más fértil de la felicidad y ahora quiero pasear por los caminos que construyen la vida a partir de la sonrisa. Quiero sentir mi cuerpo, y que construyo compartiendo mi vida con los otros. Siempre he buscado en el teatro lo que me faltaba en la vida. Ahora buscaré en la vida, lo que tengo en el teatro.

Éste será mi mayor éxito.

Molins de Rei, Barcelona–Buenos Aires, 2012